BOAS

ENERO 2023
TOMO CLXIV Nº 2421

Archidiócesis de Sevilla

Redacción:
Archivo Diocesano
Tfno: 954 505 505, Ext. 734
E-mail: secretariogeneral@archisevilla.org
Arzobispado de Sevilla
Apartado 6 – 41080 Sevilla

Depósito legal: SE-61-1958

BOLETÍN OFICIAL
DE LA ARCHIDIÓCESIS DE SEVILLA

Enero 2023 Nº 2421

Arzobispo

Cartas dominicales

Bajo tu amparo nos acogemos. 5

Haz el bien, busca la justicia. 7

Caminando en esperanza. 9

Secretaría General

Nombramientos. 11

Ceses. 11

Necrológicas. 12

Departamento de Asuntos Jurídicos

Aprobación de reglas. 13

Confirmación de Juntas de Gobierno. 13

Erección canónica. 15

Obispos del Sur de España

CLII Asamblea Ordinaria. 17

Santa Sede

Jornada Mundial de la Paz. 19

Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. 23

Jornada Mundial de las Misiones. 28

Arzobispo

Carta dominical

BAJO TU AMPARO NOS ACOGEMOS
(1-1-2023)

Comenzamos un año nuevo bajo la mirada maternal de María. Su maternidad divina es un misterio y un acontecimiento histórico: Jesucristo, Persona Divina, nació de María Virgen, la cual es, en el sentido más pleno, su madre. Se trata del misterio más antiguo y fundamental en lo que concierne a la persona y a la función de María en la Historia de la Salvación. El Padre eterno dispuso que el Verbo se encarnase y se hiciese hombre en el seno de una mujer por la acción del Espíritu Santo. Y esa mujer es María. Con este proceder Dios manifiesta que no actúa sin los seres humanos, sino con su colaboración. María tiene un lugar determinado en el plan de salvación de Dios, que envía a su Hijo al mundo para conducir a la plenitud de vida a la humanidad. Como señala san Pablo VI: «El Misterio de Cristo está marcado, por designio divino, de participación humana. Ha querido tener una Madre; ha querido encarnarse mediante el misterio vital de una Señora, de la Señora bendita entre todas».

Y María, Madre de Cristo, es también Madre nuestra. La maternidad espiritual de María se fundamenta sobre todo en las palabras que Jesús dirige tanto a ella como a Juan antes de morir: «Jesús, al ver a su madre, y cerca al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (Jn 19, 26-27). Según san Juan Pablo II, estas palabras constituyen una «escena de revelación», ya que por un lado expresan los sentimientos de Cristo en su agonía y a la vez contienen un profundo significado para la fe y la

espiritualidad cristiana. El Señor establece unas relaciones nuevas entre María y los cristianos. Más allá de la preocupación de un hijo por la situación en que quedará su madre, la entrega recíproca que hace Jesús constituye el hecho más importante para comprender el papel de la Virgen María en la economía de la salvación. El encargo principal no es confiar su madre a Juan, sino confiar el discípulo a María, asignándole una nueva misión materna.

Así lo recoge la oración más antigua que se conoce a María: «Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; no desoigas la oración de tus hijos necesitados, antes bien, líbranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita». Edgar Lobel, papirólogo de la Universidad de Oxford, descubrió en las proximidades de la antigua ciudad egipcia de Oxirrinco un papiro que contenía el texto en griego de esta oración. Hoy en día continuamos rezando esta plegaria. Resulta conmovedor saber que nuestros hermanos de Egipto se dirigen a María con esta oración aproximadamente desde el año 250, que es la fecha en la que Edgar Lobel dató el papiro.

Hoy celebramos la 56ª Jornada Mundial de la Paz. El mensaje del papa Francisco destaca que "nadie puede salvarse solo", y nos exhorta a "recomenzar desde el COVID-19 para trazar juntos caminos de paz". No estamos solos, porque María Santísima nos guía en el camino, nos enseña a confiar en el Señor, a dejar que nos cambie el corazón y podamos aprender algunas lecciones de este tiempo de pandemia que tanto nos ha hecho sufrir, para que seamos más humildes y permitamos que Dios transforme nuestros criterios habituales de pensamiento y acción a la luz del Evangelio. No podemos conformarnos con defender los propios intereses, es preciso trabajar por el bien común, con sentido comunitario, porque estamos llamados a formar la familia de los hijos de Dios, que viven como hermanos, que cuidan la casa común, que conviven en paz. María, Madre de Dios y Madre nuestra, es la madre que nos congrega en la unidad. Bajo su amparo nos acogemos y comenzamos el nuevo año con esperanza renovada.

+José Ángel Saiz Meneses
Arzobispo de Sevilla

Carta dominical

HAZ EL BIEN, BUSCA LA JUSTICIA
(22-1-2023)

Celebramos, como cada año, la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. El texto bíblico propuesto para la reflexión de 2023 es tomado del libro de Isaías 1, 12- 18: "Cuando venís a visitarme, ¿Quién pide algo de vuestras manos para que vengáis a pisar mis atrios? No me traigáis más inútiles ofrendas, son para mí como incienso execrable. Novilunios, sábados y reuniones sagradas: no soporto iniquidad y solemne asamblea. Vuestros novilunios y solemnidades los detesto; se me han vuelto una carga que no soporto más. Cuando extendéis las manos me cubro los ojos; aunque multipliquéis las plegarias, no os escucharé. Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Buscad la justicia, socorred al oprimido, proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda. Venid entonces, y discutiremos —dice el Señor—. Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana".

Este texto remarca que la vivencia de la fe debe ir acompañada por una praxis coherente, que el culto a Dios resulta vacío si no va acompañado por la misericordia y la compasión. El profeta denuncia con dureza ese culto externo puramente formal y exige justicia, socorrer al oprimido, proteger el derecho del huérfano, defender a la viuda. También Jesús insistió en que Dios quiere misericordia y no sacrificios, y que es mejor no presentar ninguna ofrenda en el templo si no se está reconciliado antes con el hermano. El decreto sobre la unidad de los cristianos del Concilio Vaticano II recuerda este aspecto esencial de nuestra fe cuando afirma que a la fe en Cristo se une «un vivo sentimiento de justicia y una sincera caridad para con el prójimo» (Unitatis redintegratio n. 23)

Una manera de que avance la unidad entre los cristianos consiste en trabajar juntos por la justicia, en acciones que hagan evidente el deseo de paz y de unidad, consecuencia de la fe en Jesucristo. El Concilio hizo una llamada a colaborar en el campo social a todos «los que creen en Dios y aún más singularmente a todos los cristianos» (Unitatis redintegratio n. 12). Porque hay muchos ámbitos en los que podemos trabajar juntos: la atención a los más pobres, la defensa de la mujer, la lucha contra el racismo, el cuidado del medio ambiente, etc. Los desafíos de nuestro mundo son muchos, y «mientras nos encontramos todavía encamino hacia la plena comunión, tenemos ya el deber de dar testimonio común del amor de Dios a su pueblo colaborando en

nuestro servicio a la humanidad» (Fratelli tutti, n. 280). En particular, podemos y debemos trabajar unidos para fomentar la paz y la unidad que Dios desea para todos los hombres.

Es imprescindible la conversión del corazón, volver la mirada a Dios. La raíz profunda de la división es el pecado. Con el pecado se quiebra la relación con Dios y se produce también una ruptura con los otros hombres y con el mundo creado. Por eso se puede hablar de pecado personal y social. Todo pecado es personal, y es también social en cuanto a que tiene consecuencias sociales y repercute de alguna manera en los demás. También hablamos de pecado social cuando se produce una agresión directa contra el prójimo. Ofende a Dios porque ofende al prójimo todo pecado contra el amor al prójimo, contra la justicia, contra los derechos humanos, contra la libertad, dignidad, honor, contra la vida, contra el bien común. El pecado social llega incluso a generar estructuras de pecado. Pidamos al Señor en estos días la conversión del corazón, pidamos que se recomponga la unidad con él y con los hermanos. Oremos con humildad y confianza.

+ José Ángel Saiz Meneses
Arzobispo Metropolitano de Sevilla

Carta dominical

CAMINANDO EN ESPERANZA
(20-1-2023)

El próximo jueves, 2 de febrero, celebraremos la fiesta de la Presentación del Señor en el templo de Jerusalén, cumpliendo lo que mandaba la Ley de Moisés sobre la presentación de los hijos primogénitos. Hoy lo que caracteriza más esta fiesta es la bendición y procesión de las candelas, con la que proclamamos nuestra fe en lo que el anciano Simeón proclamó: que aquel Niño presentado en el templo era la luz y la salvación para todos los pueblos del mundo y la gloria de su pueblo de Israel. Celebraremos también la Jornada de la Vida Consagrada, es decir, el día dedicado a reflexionar y rezar por todas las personas que forman parte de institutos de vida consagrada y sociedades de vida apostólica, que han consagrado la vida al Señor siguiendo los consejos de pobreza, castidad y obediencia y haciendo un gran servicio a la Iglesia y al mundo.

Muchos de ellos, en ese día, renuevan su consagración a Dios, reafirmando el compromiso de entrega al Señor ya sus hermanos y hermanas. La fiesta de la Presentación de Jesús en el templo y la vida consagrada tienen una profunda sintonía. Cristo, unido por el amor al Padre y al Espíritu Santo, se ofrece para cumplir la voluntad divina y salvar a la humanidad. A semejanza de Cristo, el consagrado ofrece también a toda su persona y -como nos recuerda el Concilio Vaticano II- "hace una total consagración de sí mismo a Dios, amado sobre todas las cosas, de manera que se ordena al servicio de Dios y a su gloria por un título nuevo y especial" (LG 44).

Todos los cristianos, por el bautismo, hemos muerto al pecado y hemos sido consagrados a Dios. El religioso, para profundizar en esta vocación bautismal, con la profesión de los consejos evangélicos en la Iglesia, "se libera de los impedimentos que podrían apartarle del fervor de la caridad y de la perfección del culto divino y se consagra más íntimamente al servicio de Dios. La consagración será tanto más perfecta cuanto, por vínculos más firmes y más estables, represente mejor a Cristo, unido con vínculo indisoluble a su Iglesia" (LG 44).

Así queda explicado el especial seguimiento de Cristo que comporta la vida consagrada y la razón por la que, en la fiesta de la Presentación del Señor, recordamos a aquellos hombres y mujeres que, entre nosotros y en todo el mundo, siguen este camino. Este año, para esta Jornada, se ha escogido este lema: Caminando en esperanza. El lema hace referencia a una acción continua

y perseverante, que no se detiene, que requiere paciencia y firmeza, a un modo muy concreto de vivir la consagración de manera dinámica, afrontando el futuro que hemos de construir unidos todos los miembros de la Iglesia.

Con ocasión de la Jornada de la Vida Consagrada, quiero reconocer y agradecer la gran aportación de sus miembros a la vida de nuestra archidiócesis, que también camina decididamente con el deseo de cumplir su vocación y su servicio a la sociedad en la que está arraigada. Es necesario que todos valoremos especialmente a las personas que siguen el camino de los consejos evangélicos, que tantos valores aportan a nuestra sociedad. Oremos por ellas y por la continuidad de sus obras. Quiero agradecer especialmente la disponibilidad que encuentro muy a menudo en los miembros de las órdenes y congregaciones religiosas para cuidar algunas parroquias o para realizar otros servicios y llevar a cabo diversas iniciativas al servicio de nuestro Pueblo de Dios y de la sociedad entera.

+ José Ángel Saiz Meneses
Arzobispo Metropolitano de Sevilla

Secretaría General

Nombramientos

Miembros del Consejo Diocesano de Pastoral
D. Ignacio Guillén Montoto
D. Israel Risquet González
30 de octubre de 2022
D. Ramón Ángel Simonet Roda
Dña. María Pilar Torras Barneto
20 de enero de 2023
D. Francisco José López Martínez, administrador parroquial de la Parroquia del Ave María y San Luis, de Dos Hermanas.
20 de enero de 2023
Vocales del Consejo Económico de la Parroquia de San Eutropio, de Paradas.
23 de enero de 2023
Miembros del Consejo Diocesano para Asuntos Económicos.
D. Manuel Damián Álvarez García,
D. Jacobo García Palacios
Dña. María Concepción Romero León
Dña. Concepción Rubio Picón
24 de enero de 2023

Ceses

*Miembros d*el Consejo Diocesano de Pastoral.
D. José Manuel Romero Acosta
D. Javier Brazo Delgado
D. Luis Jesús Román Terrón
Dña. Rocío Granados Avilés

Necrológicas

D. José Robles Gómez, sacerdote diocesano, falleció el 7 de enero de 2023 en Sevilla a los 88 años de edad.
Nació en El Puerto de Santa María (Cádiz) el 13 de mayo de 1934 y fue ordenado sacerdote el 21 de junio de 1959 en Sevilla.
Ejerció su ministerio sacerdotal como vicario parroquial de la Parroquia Ntra. Sra. de Guía, de Camas; vicario parroquial de la Parroquia Ntra. Sra. de los Dolores y de la del Sagrario, de Sevilla; viceconsiliario diocesano de la HOAC; prefecto del Seminario Metropolitano; consiliario diocesano de la HOAC; rector de la Iglesia de San Esteban; consiliario diocesano de Acción Católica; párroco de la Parroquia de Jesús Obrero, de Sevilla; director espiritual de la Hermandad de San Esteban; director del departamento de Apostolado Seglar; delegado diocesano de Orientación Social; miembro del equipo de formación de aspirantes y candidatos al Diaconado Permanente y capellán de la Asociación Pía de Empleadas de la Inmaculada Concepción, de Sevilla.
Descanse en la paz del Señor.

Departamento de Asuntos Jurídicos

Aprobación de Reglas

Real y Fervorosa Hermandad de Nuestra Señora del Rocío, de Dos Hermanas.
Decreto Prot. Nº 59/23, de fecha 10 de enero de 2023

Muy Antigua, Piadosa, Real, Ilustre y Franciscana Hermandad y Cofradía de Nazarenos de la Santísima Vera-Cruz y Caridad de N.S. Jesucristo, Triunfo del Santo Lignum Crucis y María Stma. de los Dolores en Su Soledad, de Brenes.
Decreto Prot. Nº 178/23, de fecha 17 de enero de 2023

Hermandad y Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad, de Lebrija.
Decreto Prot. Nº 247/23, de fecha 20 de enero de 2023

Hermandad del Stmo. Cristo de la Salud y Santa Ángela de la Cruz, El Rubio.
Decreto Prot. Nº 409/23, de fecha 30 de enero de 2023

Confirmación de Juntas de Gobierno

Primitiva Archicofradía Pontificia y Real Hermandad de Nazarenos de la Sgda. Entrada en Jerusalén, Stmo. Cristo del Amor, Ntra. Sra. del Socorro y Santiago Apóstol, de Sevilla
Decreto Prot. Nº 8/23, de fecha 4 de enero de 2023

Franciscana Hermandad Sacramental de la Santa Cruz y Ntra. Sra. de los Desamparados, de Sevilla.

Decreto Prot. Nº 13/23, de fecha 4 de enero de 2023

Hermandad de Penitencia de Nuestro Soberano Redentor Jesús Nazareno y Santa Cruz en Jerusalén, de Herrera.
Decreto Prot. Nº 15/23, de fecha 4 de enero de 2023

Hermandad de Santa Bárbara, Villanueva del Río y Minas.
Decreto Prot. Nº 67/23, de fecha 9 de enero de 2023

Real, Ilustre, Fervorosa y Muy Antigua Hermandad y Cofradía de Ntra. Sra. del Rosario, de Mairena del Aljarafe.
Decreto Prot. Nº 76/23, de fecha 12 de enero de 2023

Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Ntro. Padre Jesús de la Salud y el Perdón y María Stma. de los Ángeles y de la Cruz, de Morón de la Frontera.
Decreto Prot. Nº 78/23, de fecha 12 de enero de 2023

Hermandad de Ntra.Sra. de los Dolores en Su Soledad, de La Puebla de los Infantes.
Decreto Prot. Nº 126/23, de fecha 13 de enero de 2023

Real Hermandad Sacramental y Cofradía de Ntra. Sra. de las Mercedes, de Mairena del Aljarafe.
Decreto Prot. Nº 175/23, de fecha 19 de enero de 2023

Hermandad de Ntra. Sra. del Valle y San Cristóbal Mártir, de Burguillos.
Decreto Prot. Nº 275/23, de fecha 23 de enero de 2023

Hermandad de Ntra. Sra. del Rocío, de Mairena del Alcor.
Decreto Prot. Nº 292/23, de fecha 25 de enero de 2023

Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Ntro. Padre Jesús Nazareno, Stmo. Cristo de la Buena Muerte y María Stma. de los Dolores, de Coripe.
Decreto Prot. Nº 373/23, de fecha 30 de enero de 2023

Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Ntro. Padre Jesús de la Humildad en Getsemaní, Ntra. Sra. del Pilar en Su Mayor Dolor y Gloria y Santiago Apóstol, de Montequinto-Dos Hermanas.
Decreto Prot. Nº 389/23, de fecha 30 de enero de 2023

Hermandad de Ntro. Padre Jesús Nazareno y María Stma. de la Esperanza, Casariche.
Decreto Prot. Nº 406/23, de fecha 31 de enero de 2023

Erección canónica

Hermandad de la Virgen de Gracia, de Almadén de la Plata.
Decreto Prot. Nº 57/23, de fecha 10 de enero de 2023

Hermandad del Santo Cristo del Crucero, de Almadén de la Plata.
Decreto Prot. Nº 58/23, de fecha 10 de enero de 2023

Obispos del Sur de España

CLII Asamblea ordinaria

COMUNICADO DE LA CLII ASAMBLEA ORDINARIA
DE LOS OBISPOS DEL SUR DE ESPAÑA

Los días 30 y 31 de enero se ha celebrado en Córdoba la CLII Asamblea Ordinaria de los obispos del Sur de España, que comprende las diócesis de Sevilla, Granada, Almería, Asidonia-Jerez, Cádiz y Ceuta, Córdoba, Guadix, Huelva, Jaén y Málaga. También han participado el arzobispo emérito de Sevilla y el obispo emérito de Jaén.

Comenzó la Asamblea con un tiempo de retiro espiritual y de adoración del Santísimo, dirigido por monseñor José Rico, obispo de Asidonia-Jerez.

Atentado en Algeciras

Los Obispos han expresado a monseñor Rafael Zornoza, obispo de Cádiz y Ceuta, y a su diócesis, su cercanía "en estos momentos de sufrimiento" por el atentado perpetrado el 25 de enero en varias parroquias de Algeciras. Han ofrecido la Eucaristía por el eterno descanso del sacristán asesinado, Diego Valencia, al tiempo que han rezado por la recuperación del sacerdote y los demás heridos, así como "por el fin de toda clase de violencia, que no puede ser justificada nunca en nombre de Dios".

Congreso Internacional de Hermandades

Por otro lado, el arzobispo de Sevilla, monseñor Saiz Meneses, ha comunicado a la Asamblea que del 9 al 12 de octubre de 2024 se celebrará el II Congreso Internacional de Hermandades y Piedad Popular de Sevilla. Convocado cuando se cumplen 25 años del primer Congreso, celebrado en 1999. Con el mismo se quiere impulsar la oportunidad que ofrece la piedad popular para la Nueva Evangelización ante los desafíos del mundo actual.

Otros asuntos

En otro orden de cosas, la Asamblea ha dado el visto bueno para que se retome una causa de canonización en la diócesis de Córdoba, y se abran dos procesos sobre la vida, virtudes y fama de santidad, uno en la diócesis Asidonia-Jérez, y otro en la diócesis de Cádiz y Ceuta.

Por su parte, la Secretaría Técnica de Enseñanza ha presentado el balance del III Encuentro del Profesorado de Religión Católica, celebrado en Granada el pasado mes de noviembre. El cambio normativo de la Ley de Educación LOMLOE, la petición de equiparación con el resto de asignaturas y el respeto a la libertad y el derecho de los padres a educar a sus hijos según sus propias convicciones religiosas y morales, son algunas de las dificultades que encuentra la asignatura de Religión, ampliamente demanda por alumnos y padres (en torno al 75 %).

Además, los obispos del Sur de España han recordado que el documento recientemente aprobado por la Conferencia Episcopal titulado 'El Dios mantiene su alianza' "busca iniciar un diálogo sincero y abierto, sobre persona, familia y sociedad, ofrecido a la Iglesia y a la sociedad española, desde la fe en Dios y la perspectiva del bien común" y han animado a "trabajarlo en las diócesis", considerando que puede ayudar a estimular la presencia pública de los católicos en sus entornos e instituciones.

Finalmente, la Asamblea ha ratificado el nombramiento de Rafael Pérez, sacerdote de la diócesis de Málaga, como director del programa "Palabras para la Vida" en Canal Sur Radio, por un periodo de cuatro años.

Santa Sede

Jornada Mundial de la Paz

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA CELEBRACIÓN DE LA 56 JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

1 de enero de 2023

Nadie puede salvarse solo.
Recomenzar desde el COVID-19 para trazar juntos caminos de paz

«Hermanos, en cuanto al tiempo y al momento, no es necesario que les escriba. Ustedes saben perfectamente que el Día del Señor vendrá como un ladrón en plena noche» (Primera carta de san Pablo a los Tesalonicenses 5,1-2).

1. Con estas palabras, el apóstol Pablo invitaba a la comunidad de Tesalónica, que esperaba el encuentro con el Señor, a permanecer firme, con los pies y el corazón bien plantados en la tierra, capaz de una mirada atenta a la realidad y a las vicisitudes de la historia. Por eso, aunque los acontecimientos de nuestra existencia parezcan tan trágicos y nos sintamos empujados al túnel oscuro y difícil de la injusticia y el sufrimiento, estamos llamados a mantener el corazón abierto a la esperanza, confiando en Dios que se hace presente, nos acompaña con ternura, nos sostiene en la fatiga y, sobre todo, guía nuestro camino. Con este ánimo san Pablo exhorta constantemente a la comunidad a estar vigilante, buscando el bien, la justicia y la verdad: «No nos durmamos, entonces, como hacen los otros: permanezcamos despiertos y seamos sobrios» (5,6). Es una invitación a mantenerse alerta, a no encerrarnos en el miedo, el dolor o la resignación, a no ceder a la distracción, a no desanimarnos, sino a

ser como centinelas capaces de velar y distinguir las primeras luces del alba, especialmente en las horas más oscuras.

2. El COVID-19 nos sumió en medio de la noche, desestabilizando nuestra vida ordinaria, trastornando nuestros planes y costumbres, perturbando la aparente tranquilidad incluso de las sociedades más privilegiadas, generando desorientación y sufrimiento, y causando la muerte de tantos hermanos y hermanas nuestros.
Empujado dentro de una vorágine de desafíos inesperados y en una situación que no estaba del todo clara ni siquiera desde el punto de vista científico, el mundo sanitario se movilizó para aliviar el dolor de tantos y tratar de ponerle remedio; del mismo modo, las autoridades políticas tuvieron que tomar medidas drásticas en materia de organización y gestión de la emergencia.
Junto con las manifestaciones físicas, el COVID-19 provocó —también con efectos a largo plazo— un malestar generalizado que caló en los corazones de muchas personas y familias, con secuelas a tener en cuenta, alimentadas por largos períodos de aislamiento y diversas restricciones de la libertad.
Además, no podemos olvidar cómo la pandemia tocó la fibra sensible del tejido social y económico, sacando a relucir contradicciones y desigualdades. Amenazó la seguridad laboral de muchos y agravó la soledad cada vez más extendida en nuestras sociedades, sobre todo la de los más débiles y la de los pobres. Pensemos, por ejemplo, en los millones de trabajadores informales de muchas partes del mundo, a los que se dejó sin empleo y sin ningún apoyo durante todo el confinamiento.
Rara vez los individuos y la sociedad avanzan en situaciones que generan tal sentimiento de derrota y amargura; pues esto debilita los esfuerzos dedicados a la paz y provoca conflictos sociales, frustración y violencia de todo tipo. En este sentido, la pandemia parece haber sacudido incluso las zonas más pacíficas de nuestro mundo, haciendo aflorar innumerables carencias.

3. Transcurridos tres años, ha llegado el momento de tomarnos un tiempo para cuestionarnos, aprender, crecer y dejarnos transformar —de forma personal y comunitaria—; un tiempo privilegiado para prepararnos al "día del Señor". Ya he dicho varias veces que de los momentos de crisis nunca se sale igual: de ellos salimos mejores o peores. Hoy estamos llamados a preguntarnos: ¿qué hemos aprendido de esta situación pandémica? ¿Qué nuevos caminos debemos emprender para liberarnos de las cadenas de nuestros viejos hábitos, para estar mejor preparados, para atrevernos con lo nuevo? ¿Qué señales de vida y esperanza podemos aprovechar para seguir adelante e intentar hacer de nuestro mundo un lugar mejor?

Seguramente, después de haber palpado la fragilidad que caracteriza la realidad humana y nuestra existencia personal, podemos decir que la mayor lección que nos deja en herencia el COVID-19 es la conciencia de que todos nos

necesitamos; de que nuestro mayor tesoro, aunque también el más frágil, es la fraternidad humana, fundada en nuestra filiación divina común, y de que nadie puede salvarse solo. Por tanto, es urgente que busquemos y promovamos juntos los valores universales que trazan el camino de esta fraternidad humana. También hemos aprendido que la fe depositada en el progreso, la tecnología y los efectos de la globalización no sólo ha sido excesiva, sino que se ha convertido en una intoxicación individualista e idolátrica, comprometiendo la deseada garantía de justicia, armonía y paz. En nuestro acelerado mundo, muy a menudo los problemas generalizados de desequilibrio, injusticia, pobreza y marginación alimentan el malestar y los conflictos, y generan violencia e incluso guerras.
Si, por un lado, la pandemia sacó a relucir todo esto, por otro, hemos logrado hacer descubrimientos positivos: un beneficioso retorno a la humildad; una reducción de ciertas pretensiones consumistas; un renovado sentido de la solidaridad que nos anima a salir de nuestro egoísmo para abrirnos al sufrimiento de los demás y a sus necesidades; así como un compromiso, en algunos casos verdaderamente heroico, de tantas personas que no escatimaron esfuerzos para que todos pudieran superar mejor el drama de la emergencia.

De esta experiencia ha surgido una conciencia más fuerte que invita a todos, pueblos y naciones, a volver a poner la palabra "juntos" en el centro. En efecto, es juntos, en la fraternidad y la solidaridad, que podemos construir la paz, garantizar la justicia y superar los acontecimientos más dolorosos. De hecho, las respuestas más eficaces a la pandemia han sido aquellas en las que grupos sociales, instituciones públicas y privadas y organizaciones internacionales se unieron para hacer frente al desafío, dejando de lado intereses particulares. Sólo la paz que nace del amor fraterno y desinteresado puede ayudarnos a superar las crisis personales, sociales y mundiales.

4. Al mismo tiempo, en el momento en que nos atrevimos a esperar que lo peor de la noche de la pandemia del COVID-19 había pasado, un nuevo y terrible desastre se abatió sobre la humanidad. Fuimos testigos del inicio de otro azote: una nueva guerra, en parte comparable a la del COVID-19, pero impulsada por decisiones humanas reprobables. La guerra en Ucrania se cobra víctimas inocentes y propaga la inseguridad, no sólo entre los directamente afectados, sino de forma generalizada e indiscriminada en todo el mundo; también afecta a quienes, incluso a miles de kilómetros de distancia, sufren sus efectos colaterales —basta pensar en la escasez de trigo y los precios del combustible—.
Ciertamente, esta no es la era post-COVID que esperábamos o preveíamos. De hecho, esta guerra, junto con los demás conflictos en todo el planeta, representa una derrota para la humanidad en su conjunto y no sólo para las partes directamente implicadas. Aunque se ha encontrado una vacuna contra el COVID-19, aún no se han hallado soluciones eficaces para poner fin a la guerra.

En efecto, el virus de la guerra es más difícil de vencer que los que afectan al organismo, porque no procede del exterior, sino del interior del corazón humano, corrompido por el pecado (cf. Evangelio según san Marcos 7,17-23).

5. ¿Qué se nos pide, entonces, que hagamos? En primer lugar, dejarnos cambiar el corazón por la emergencia que hemos vivido, es decir, permitir que Dios transforme nuestros criterios habituales de interpretación del mundo y de la realidad a través de este momento histórico. Ya no podemos pensar sólo en preservar el espacio de nuestros intereses personales o nacionales, sino que debemos concebirnos a la luz del bien común, con un sentido comunitario, es decir, como un "nosotros" abierto a la fraternidad universal. No podemos buscar sólo protegernos a nosotros mismos; es hora de que todos nos comprometamos con la sanación de nuestra sociedad y nuestro planeta, creando las bases para un mundo más justo y pacífico, que se involucre con seriedad en la búsqueda de un bien que sea verdaderamente común.

Para lograr esto y vivir mejor después de la emergencia del COVID-19, no podemos ignorar un hecho fundamental: las diversas crisis morales, sociales, políticas y económicas que padecemos están todas interconectadas, y lo que consideramos como problemas autónomos son en realidad uno la causa o consecuencia de los otros. Así pues, estamos llamados a afrontar los retos de nuestro mundo con responsabilidad y compasión. Debemos retomar la cuestión de garantizar la sanidad pública para todos; promover acciones de paz para poner fin a los conflictos y guerras que siguen generando víctimas y pobreza; cuidar de forma conjunta nuestra casa común y aplicar medidas claras y eficaces para hacer frente al cambio climático; luchar contra el virus de la desigualdad y garantizar la alimentación y un trabajo digno para todos, apoyando a quienes ni siquiera tienen un salario mínimo y atraviesan grandes dificultades. El escándalo de los pueblos hambrientos nos duele. Hemos de desarrollar, con políticas adecuadas, la acogida y la integración, especialmente de los migrantes y de los que viven como descartados en nuestras sociedades. Sólo invirtiendo en estas situaciones, con un deseo altruista inspirado por el amor infinito y misericordioso de Dios, podremos construir un mundo nuevo y ayudar a edificar el Reino de Dios, que es un Reino de amor, de justicia y de paz.

Al compartir estas reflexiones, espero que en el nuevo año podamos caminar juntos, aprovechando lo que la historia puede enseñarnos. Expreso mis mejores votos a los jefes de Estado y de gobierno, a los directores de las organizaciones internacionales y a los líderes de las diferentes religiones. A todos los hombres y mujeres de buena voluntad, les deseo un feliz año, en el que puedan construir, día a día, como artesanos, la paz. Que María Inmaculada, Madre de Jesús y Reina de la Paz, interceda por nosotros y por el mundo entero.

Vaticano, 8 de diciembre de 2022

Francisco

Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA 57 JORNADA MUNDIAL
DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES

Hablar con el corazón,
«en la verdad y en el amor» (Ef 4,15)

Queridos hermanos y hermanas:

Después de haber reflexionado, en años anteriores, sobre los verbos "ir, ver" y "escuchar" como condiciones para una buena comunicación, en este Mensaje para la LVII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales quisiera centrarme en "hablar con el corazón". Es el corazón el que nos ha movido a ir, ver y escuchar; y es el corazón el que nos mueve a una comunicación abierta y acogedora. Tras habernos ejercitado en la escucha —que requiere espera y paciencia, así como la renuncia a afirmar de modo prejuicioso nuestro punto de vista—, podemos entrar en la dinámica del diálogo y el intercambio, que es precisamente la de comunicar cordialmente. Una vez que hayamos escuchado al otro con corazón puro, lograremos hablar «en la verdad y en el amor» (cf. Ef 4,15). No debemos tener miedo a proclamar la verdad, aunque a veces sea incómoda, sino a hacerlo sin caridad, sin corazón. Porque «el programa del cristiano —como escribió Benedicto XVI— es un "corazón que ve"» [1]. Un corazón que, con su latido, revela la verdad de nuestro ser, y que por eso hay que escucharlo. Esto lleva a quien escucha a sintonizarse en la misma longitud de onda, hasta el punto de que se llega a sentir en el propio corazón el latido del otro. Entonces se hace posible el milagro del encuentro, que nos permite mirarnos los unos a los otros con compasión, acogiendo con respeto las fragilidades de cada uno, en lugar de juzgar de oídas y sembrar discordia y divisiones.

Jesús nos recuerda que cada árbol se reconoce por su fruto (cf. Lc 6,44), y advierte que «el hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo que es bueno; y el hombre malo, de su mal tesoro saca lo que es malo; porque de la abundancia del corazón habla su boca» (v. 45). Por eso, para poder comunicar «en la verdad y en el amor» es necesario purificar el corazón. Sólo escuchando y hablando con un corazón puro podemos ver más allá de las apariencias y superar los ruidos confusos que, también en el campo de la información, no nos ayudan a discernir en la complejidad del mundo en que vivimos. La llamada a hablar con el corazón interpela radicalmente nuestro tiempo, tan propenso a la indiferencia y a la indignación, a veces sobre la base de la desinformación, que falsifica e instrumentaliza la verdad.
Comunicar cordialmente

Comunicar cordialmente quiere decir que quien nos lee o nos escucha capta nuestra participación en las alegrías y los miedos, en las esperanzas y en los sufrimientos de las mujeres y los hombres de nuestro tiempo. Quien habla así quiere bien al otro, porque se preocupa por él y custodia su libertad sin violarla. Podemos ver este estilo en el misterioso Peregrino que dialoga con los discípulos que van hacia Emaús después de la tragedia consumada en el Gólgota. Jesús resucitado les habla con el corazón, acompañando con respeto el camino de su dolor, proponiéndose y no imponiéndose, abriéndoles la mente con amor a la comprensión del sentido profundo de lo sucedido. De hecho, ellos pueden exclamar con alegría que el corazón les ardía en el pecho mientras Él conversaba con ellos a lo largo del camino y les explicaba las Escrituras (cf. Lc 24,32).

En un periodo histórico marcado por polarizaciones y contraposiciones —de las que, lamentablemente, la comunidad eclesial no es inmune—, el compromiso por una comunicación "con el corazón y con los brazos abiertos" no concierne exclusivamente a los profesionales de la información, sino que es responsabilidad de cada uno. Todos estamos llamados a buscar y a decir la verdad, y a hacerlo con caridad. A los cristianos, en especial, se nos exhorta continuamente a guardar la lengua del mal (cf. Sal 34,14), ya que, como enseña la Escritura, con la lengua podemos bendecir al Señor y maldecir a los hombres creados a semejanza de Dios (cf. St 3,9). De nuestra boca no deberían salir palabras malas, sino más bien palabras buenas «que resulten edificantes cuando sea necesario y hagan bien a aquellos que las escuchan» (Ef 4,29).

A veces, el hablar amablemente abre una brecha incluso en los corazones más endurecidos. Tenemos prueba de esto en la literatura. Pienso en aquella página memorable del capítulo XXI de Los novios, en el que Lucía habla con el corazón al Innominado hasta que éste, desarmado y atormentado por una benéfica crisis interior, cede a la fuerza gentil del amor. Lo experimentamos en la convivencia cívica, en la que la amabilidad no es solamente cuestión de buenas maneras, sino un verdadero antídoto contra la crueldad que, lamentablemente, puede envenenar los corazones e intoxicar las relaciones. La necesitamos en el ámbito de los medios para que la comunicación no fomente el rencor que exaspera, genera rabia y lleva al enfrentamiento, sino que ayude a las personas a reflexionar con calma, a descifrar, con espíritu crítico y siempre respetuoso, la realidad en la que viven.

La comunicación de corazón a corazón: "Basta amar bien para decir bien"

Uno de los ejemplos más luminosos y, aún hoy, fascinantes de "hablar con el corazón" está representado en san Francisco de Sales, doctor de la Iglesia, a quien he dedicado recientemente la Carta apostólica Totum amoris est, con

motivo de los 400 años de su muerte. Junto a este importante aniversario, me gusta recordar, en esta circunstancia, otro que se celebra en este año 2023: el centenario de su proclamación como patrono de los periodistas católicos por parte de Pío XI con la Encíclica Rerum omnium perturbationem. Intelecto brillante, escritor fecundo, teólogo de gran profundidad, Francisco de Sales fue obispo de Ginebra al inicio del siglo XVII, en años difíciles, marcados por encendidas disputas con los calvinistas. Su actitud apacible, su humanidad, su disposición a dialogar pacientemente con todos, especialmente con quien lo contradecía, lo convirtieron en un testigo extraordinario del amor misericordioso de Dios. De él se podía decir que «las palabras dulces multiplican los amigos y un lenguaje amable favorece las buenas relaciones» (Si 6,5). Por lo demás, una de sus afirmaciones más célebres, «el corazón habla al corazón», ha inspirado a generaciones de fieles, entre ellos san John Henry Newman, que la eligió como lema, Cor ad cor loquitur. «Basta amar bien para decir bien» era una de sus convicciones. Ello demuestra que para él la comunicación nunca debía reducirse a un artificio —a una estrategia de marketing, diríamos hoy—, sino que tenía que ser el reflejo del ánimo, la superficie visible de un núcleo de amor invisible a los ojos. Para san Francisco de Sales, es precisamente «en el corazón y por medio del corazón donde se realiza ese sutil e intenso proceso unitario en virtud del cual el hombre reconoce a Dios» [2]. "Amando bien", san Francisco logró comunicarse con el sordomudo Martino, haciéndose su amigo; por eso es recordado como el protector de las personas con discapacidades comunicativas.

A partir de este "criterio del amor", y a través de sus escritos y del testimonio de su vida, el santo obispo de Ginebra nos recuerda que "somos lo que comunicamos". Una lección que va contracorriente hoy, en un tiempo en el que, como experimentamos sobre todo en las redes sociales, la comunicación frecuentemente se instrumentaliza, para que el mundo nos vea como querríamos ser y no como somos. San Francisco de Sales repartió numerosas copias de sus escritos en la comunidad ginebrina. Esta intuición "periodística" le valió una fama que superó rápidamente el perímetro de su diócesis y que perdura aún en nuestros días. Sus escritos, observó san Pablo VI, suscitan una lectura «sumamente agradable, instructiva, estimulante» [3]. Si vemos el panorama de la comunicación actual, ¿no son precisamente estas características las que debería tener un artículo, un reportaje, un servicio radiotelevisivo o un post en las redes sociales? Que los profesionales de la comunicación se sientan inspirados por este santo de la ternura, buscando y contando la verdad con valor y libertad, pero rechazando la tentación de usar expresiones llamativas y agresivas.

Hablar con el corazón en el proceso sinodal

Como he podido subrayar, «también en la Iglesia hay mucha necesidad de

escuchar y de escucharnos. Es el don más precioso y generativo que podemos ofrecernos los unos a los otros» [4]. De una escucha sin prejuicios, atenta y disponible, nace un hablar conforme al estilo de Dios, que se nutre de cercanía, compasión y ternura. En la Iglesia necesitamos urgentemente una comunicación que encienda los corazones, que sea bálsamo sobre las heridas e ilumine el camino de los hermanos y de las hermanas. Sueño una comunicación eclesial que sepa dejarse guiar por el Espíritu Santo, amable y, al mismo tiempo, profética; que sepa encontrar nuevas formas y modalidades para el maravilloso anuncio que está llamada a dar en el tercer milenio. Una comunicación que ponga en el centro la relación con Dios y con el prójimo, especialmente con el más necesitado, y que sepa encender el fuego de la fe en vez de preservar las cenizas de una identidad autorreferencial. Una comunicación cuyas bases sean la humildad en el escuchar y la parresia en el hablar; que no separe nunca la verdad de la caridad.

Desarmar los ánimos promoviendo un lenguaje de paz

«Una lengua suave quiebra hasta un hueso», dice el libro de los Proverbios (25,15). Hablar con el corazón es hoy muy necesario para promover una cultura de paz allí donde hay guerra; para abrir senderos que permitan el diálogo y la reconciliación allí donde el odio y la enemistad causan estragos. En el dramático contexto del conflicto global que estamos viviendo, es urgente afirmar una comunicación no hostil. Es necesario vencer «la costumbre de desacreditar rápidamente al adversario aplicándole epítetos humillantes, en lugar de enfrentar un diálogo abierto y respetuoso» [5]. Necesitamos comunicadores dispuestos a dialogar, comprometidos a favorecer un desarme integral y que se esfuercen por desmantelar la psicosis bélica que se anida en nuestros corazones; como exhortaba proféticamente san Juan XXIII en la Encíclica Pacem in terris, la paz «verdadera […] puede apoyarse […] únicamente en la confianza recíproca» (n. 113). Una confianza que necesita comunicadores no ensimismados, sino audaces y creativos, dispuestos a arriesgarse para hallar un terreno común donde encontrarse. Como hace sesenta años, vivimos una hora oscura en la que la humanidad teme una escalada bélica que se ha de frenar cuanto antes, también a nivel comunicativo. Uno se queda horrorizado al escuchar con qué facilidad se pronuncian palabras que claman por la destrucción de pueblos y territorios. Palabras que, desgraciadamente, se convierten a menudo en acciones bélicas de cruel violencia. He aquí por qué se ha de rechazar toda retórica belicista, así como cualquier forma de propaganda que manipule la verdad, desfigurándola por razones ideológicas. Se debe promover, en cambio, en todos los niveles, una comunicación que ayude a crear las condiciones para resolver las controversias entre los pueblos.

En cuanto cristianos, sabemos que es precisamente la conversión del corazón la que decide el destino de la paz, ya que el virus de la guerra procede del interior

del corazón humano [6]. Del corazón brotan las palabras capaces de disipar las sombras de un mundo cerrado y dividido, para edificar una civilización mejor que la que hemos recibido. Es un esfuerzo que se nos pide a cada uno de nosotros, pero que apela especialmente al sentido de responsabilidad de los operadores de la comunicación, a fin de que desarrollen su profesión como una misión.

Que el Señor Jesús, Palabra pura que surge del corazón del Padre, nos ayude a hacer nuestra comunicación libre, limpia y cordial.

Que el Señor Jesús, Palabra que se hizo carne, nos ayude a escuchar el latido de los corazones, para redescubrirnos hermanos y hermanas, y desarmar la hostilidad que nos divide.

Que el Señor Jesús, Palabra de verdad y de amor, nos ayude a decir la verdad en la caridad, para sentirnos custodios los unos de los otros.

Roma, San Juan de Letrán, 24 de enero de 2023, memoria de san Francisco de Sales.

FRANCISCO

[1] Carta enc. Deus caritas est, 31.
[2] Carta ap. Totum amoris est (28 diciembre 2022).
[3] Epístola ap. Sabaudiae gemma, con motivo del IV Centenario del nacimiento de san Francisco de Sales, doctor de la Iglesia (29 enero 1967).
[4] Mensaje para la LVI Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (24 enero 2022).
[5] Carta enc. Fratelli tutti (3 octubre 2020), 201.
[6] Cf. Mensaje para la 56 Jornada Mundial de la Paz (1 enero 2023).

Jornada Mundial de las Misiones

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA 97 JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES

22 de octubre de 2023

Corazones fervientes, pies en camino (cf. Lc 24,13-35)

Queridos hermanos y hermanas:

Para la Jornada Mundial de las Misiones de este año he elegido un tema que se inspira en el relato de los discípulos de Emaús, en el Evangelio de Lucas (cf. 24,13-35): «Corazones fervientes, pies en camino». Aquellos dos discípulos estaban confundidos y desilusionados, pero el encuentro con Cristo en la Palabra y en el Pan partido encendió su entusiasmo para volver a ponerse en camino hacia Jerusalén y anunciar que el Señor había resucitado verdaderamente. En el relato evangélico, percibimos la trasformación de los discípulos a partir de algunas imágenes sugestivas: los corazones que arden cuando Jesús explica las Escrituras, los ojos abiertos al reconocerlo y, como culminación, los pies que se ponen en camino. Meditando sobre estos tres aspectos, que trazan el itinerario de los discípulos misioneros, podemos renovar nuestro celo por la evangelización en el mundo actual.

1. Corazones que ardían «mientras […] nos explicaba las Escrituras». En la misión, la Palabra de Dios ilumina y trasforma el corazón.

A lo largo del camino que va de Jerusalén a Emaús, los corazones de los dos discípulos estaban tristes —como se reflejaba en sus rostros— a causa de la muerte de Jesús, en quien habían creído (cf. v. 17). Ante el fracaso del Maestro crucificado, su esperanza de que Él fuese el Mesías se había derrumbado (cf. v. 21).

Entonces, «mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos» (v. 15). Como al inicio de la vocación de los discípulos, también ahora, en el momento de su desconcierto, el Señor toma la iniciativa de acercarse a los suyos y de caminar a su lado. En su gran misericordia, Él nunca se cansa de estar con nosotros; incluso a pesar de nuestros defectos, dudas, debilidades, cuando la tristeza y el pesimismo nos induzcan a ser «duros de entendimiento» (v. 25), gente de poca fe.

Hoy como entonces, el Señor resucitado es cercano a sus discípulos misioneros y camina con ellos, especialmente cuando se sienten perdidos, desanimados, amedrentados ante el misterio de la iniquidad que los rodea y los quiere sofocar.

Por ello, «¡no nos dejemos robar la esperanza!» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 86). El Señor es más grande que nuestros problemas, sobre todo cuando los encontramos al anunciar el Evangelio al mundo, porque esta misión, después de todo, es suya y nosotros somos simplemente sus humildes colaboradores, "siervos inútiles" (cf. Lc 17,10).

Quiero expresar mi cercanía en Cristo a todos los misioneros y las misioneras del mundo, en particular a aquellos que atraviesan un momento difícil. El Señor resucitado, queridos hermanos y hermanas, está siempre con ustedes y ve su generosidad y sus sacrificios por la misión de evangelización en lugares lejanos. No todos los días de la vida resplandece el sol, pero acordémonos siempre de las palabras del Señor Jesús a sus amigos antes de la pasión: «En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Después de haber escuchado a los dos discípulos en el camino de Emaús, Jesús resucitado «comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él» (Lc 24,27). Y los corazones de los discípulos se encendieron, tal como después se confiarían el uno al otro: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (v. 32). Jesús, efectivamente, es la Palabra viviente, la única que puede abrasar, iluminar y trasformar el corazón.

De ese modo comprendemos mejor la afirmación de san Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (Comentario al profeta Isaías, Prólogo). «Si el Señor no nos introduce es imposible comprender en profundidad la Sagrada Escritura, pero lo contrario también es cierto: sin la Sagrada Escritura, los acontecimientos de la misión de Jesús y de su Iglesia en el mundo permanecen indescifrables» (Carta ap. M.P. Aperuit illis, 1). Por ello, el conocimiento de la Escritura es importante para la vida del cristiano, y todavía más para el anuncio de Cristo y de su Evangelio. De lo contrario, ¿qué trasmitiríamos a los demás sino nuestras propias ideas y proyectos? Y un corazón frío, ¿sería capaz de encender el corazón de los demás?

Dejémonos entonces acompañar siempre por el Señor resucitado que nos explica el sentido de las Escrituras. Dejemos que Él encienda nuestro corazón, nos ilumine y nos trasforme, de modo que podamos anunciar al mundo su misterio de salvación con la fuerza y la sabiduría que vienen de su Espíritu.

2. Ojos que «se abrieron y lo reconocieron» al partir el pan. Jesús en la Eucaristía es el culmen y la fuente de la misión.

Los corazones fervientes por la Palabra de Dios empujaron a los discípulos de Emaús a pedir al misterioso viajero que permaneciese con ellos al caer la tarde. Y, alrededor de la mesa, sus ojos se abrieron y lo reconocieron cuando

Él partió el pan. El elemento decisivo que abre los ojos de los discípulos es la secuencia de las acciones realizadas por Jesús: tomar el pan, bendecirlo, partirlo y dárselo a ellos. Son gestos ordinarios de un padre de familia judío, pero que, realizados por Jesucristo con la gracia del Espíritu Santo, renuevan ante los dos comensales el signo de la multiplicación de los panes y sobre todo el de la Eucaristía, sacramento del Sacrificio de la cruz. Pero precisamente en el momento en el que reconocen a Jesús como Aquel que parte el pan, «Él había desaparecido de su vista» (Lc 24,31). Este hecho da a entender una realidad esencial de nuestra fe: Cristo que parte el pan se convierte ahora en el Pan partido, compartido con los discípulos y por tanto consumido por ellos. Se hizo invisible, porque ahora ha entrado dentro de los corazones de los discípulos para encenderlos todavía más, impulsándolos a retomar el camino sin demora, para comunicar a todos la experiencia única del encuentro con el Resucitado. Así, Cristo resucitado es Aquel que parte el pan y al mismo tiempo es el Pan partido para nosotros. Y, por eso, cada discípulo misionero está llamado a ser, como Jesús y en Él, gracias a la acción del Espíritu Santo, aquel que parte el pan y aquel que es pan partido para el mundo.

A este respecto, es necesario recordar que un simple partir el pan material con los hambrientos en el nombre de Cristo es ya un acto cristiano misionero. Con mayor razón, partir el Pan eucarístico, que es Cristo mismo, es la acción misionera por excelencia, porque la Eucaristía es fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia.

Lo recordó el Papa Benedicto XVI: «No podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento [de la Eucaristía]. Éste exige por su naturaleza que sea comunicado a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: "Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera"» (Exhort. ap. Sacramentum caritatis, 84).

Para dar fruto debemos permanecer unidos a Él (cf. Jn 15,4-9). Y esta unión se realiza a través de la oración diaria, en particular en la adoración, estando en silencio ante la presencia del Señor, que se queda con nosotros en la Eucaristía. El discípulo misionero, cultivando con amor esta comunión con Cristo, puede convertirse en un místico en acción. Que nuestro corazón anhele siempre la compañía de Jesús, suspirando la vehemente petición de los dos de Emaús, sobre todo cuando cae la noche: "¡Quédate con nosotros, Señor!" (cf. Lc 24,29).

3. Pies que se ponen en camino, con la alegría de anunciar a Cristo Resucitado. La eterna juventud de una Iglesia siempre en salida.

Después de que se les abrieron los ojos, reconociendo a Jesús «al partir el pan», los discípulos, sin demora, «se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén» (Lc

24,33). Este ir de prisa, para compartir con los demás la alegría del encuentro con el Señor, manifiesta que «la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 1). No es posible encontrar verdaderamente a Jesús resucitado sin sentirse impulsados por el deseo de comunicarlo a todos. Por lo tanto, el primer y principal recurso de la misión lo constituyen aquellos que han reconocido a Cristo resucitado, en las Escrituras y en la Eucaristía, que llevan su fuego en el corazón y su luz en la mirada. Ellos pueden testimoniar la vida que no muere más, incluso en las situaciones más difíciles y en los momentos más oscuros.

La imagen de los "pies que se ponen en camino" nos recuerda una vez más la validez perenne de la misión ad gentes, la misión que el Señor resucitado dio a la Iglesia de evangelizar a cada persona y a cada pueblo hasta los confines de la tierra. Hoy más que nunca la humanidad, herida por tantas injusticias, divisiones y guerras, necesita la Buena Noticia de la paz y de la salvación en Cristo. Por tanto, aprovecho esta ocasión para reiterar que «todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable» (ibíd., 14). La conversión misionera sigue siendo el objetivo principal que debemos proponernos como individuos y como comunidades, porque «la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia» (ibíd., 15).

Como afirma el apóstol Pablo, «el amor de Cristo nos apremia» (2 Co 5,14). Se trata aquí de un doble amor, el que Cristo tiene por nosotros, que atrae, inspira y suscita nuestro amor por Él. Y este amor es el que hace que la Iglesia en salida sea siempre joven, con todos sus miembros en misión para anunciar el Evangelio de Cristo, convencidos de que «Él murió por todos, a fin de que los que viven no vivan más para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (v. 15). Todos pueden contribuir a este movimiento misionero con la oración y la acción, con la ofrenda de dinero y de sacrificios, y con el propio testimonio. Las Obras Misioneras Pontificias son el instrumento privilegiado para favorecer esta cooperación misionera en el ámbito espiritual y material. Por esto la colecta de donaciones de la Jornada Mundial de las Misiones está dedicada a la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe.

La urgencia de la acción misionera de la Iglesia supone naturalmente una cooperación misionera cada vez más estrecha de todos sus miembros a todos los niveles. Este es un objetivo esencial en el itinerario sinodal que la Iglesia está recorriendo con las palabras clave comunión, participación y misión. Tal itinerario no es de ningún modo un replegarse de la Iglesia sobre sí misma, ni un proceso de sondeo popular para decidir, como se haría en un parlamento,

qué es lo que hay que creer y practicar y qué no, según las preferencias humanas. Es más bien un ponerse en camino, como los discípulos de Emaús, escuchando al Señor resucitado que siempre sale a nuestro encuentro para explicarnos el sentido de la Escrituras y partir para nosotros el Pan, y así poder llevar adelante, con la fuerza del Espíritu Santo, su misión en el mundo.

Como aquellos dos discípulos «contaron a los otros lo que les había pasado por el camino» (Lc 24,35), también nuestro anuncio será una narración alegre de Cristo el Señor, de su vida, de su pasión, muerte y resurrección, de las maravillas que su amor ha realizado en nuestras vidas.

Pongámonos de nuevo en camino también nosotros, iluminados por el encuentro con el Resucitado y animados por su Espíritu. Salgamos con los corazones fervientes, los ojos abiertos, los pies en camino, para encender otros corazones con la Palabra de Dios, abrir los ojos de otros a Jesús Eucaristía, e invitar a todos a caminar juntos por el camino de la paz y de la salvación que Dios, en Cristo, ha dado a la humanidad.

Santa María del camino, Madre de los discípulos misioneros de Cristo y Reina de las misiones, ruega por nosotros.

Roma, San Juan de Letrán, 6 de enero de 2023, Solemnidad de la Epifanía del Señor.

Francisco